2n Festival literari
Castell de Canyelles

Relat: Las monedas transgeracionales

Autor: Yolanda Aguilar Calero

Categoria: Castellà

Premi del certàmen:
obra de l'escultor i artista
Francesc Barceló

Ajuntament de Canyelles

Diputació Barcelona

LAS MONEDAS TRANSGENERACIONALES

Yolanda de Aguilar Calero

Pau entró en el salón. La pequeña estancia, que hacía las veces de comedor y despacho de Montse, era muy acogedora y luminosa. Desprendía la calidez y aroma tan característicos de las casas de madera. Ese olor siempre le recordaba al camping donde se hospedaron el año pasado durante las vacaciones, en un verdísimo y diminuto pueblo de Suiza.

–¡Era un bungaló tan agradable! –musitó para sus adentros Pau, recordando ensoñador con la mirada absorta a través de la ventana, más allá de la montaña del Montgròs.

–¿Cómo dices? –Montse se le acercó, con una libreta en la mano, sonriente, aunque sin poder disimular su preocupación –¡Hola cariño! Tengo que contarte algo muy extraño que…

–No decía nada amor, hablaba solo. ¡Pero si estás preciosa! ¿Qué andas haciendo? Me intrigas –dijo acariciándole la cara y guiñándole un ojo perspicaz.

Montse le besó en los labios apresuradamente. La mente de Pau se alejó feliz de aquel verdísimo y diminuto pueblo de Suiza, donde se había detenido en el tiempo, para acercarse a los grandes y oscuros ojos de Montse. ¿Qué sería eso tan extraño que tenía que contarle?

–Pero venga, dime, te escucho. ¿Tienes cervezas en el frigo?

–Uf, no, no, ya sabes que no bebo y hoy no te esperaba. Déjame pensar a ver qué tengo –murmuró, moviendo su atención rápida y confusa entre las baldas de la nevera y las notas de su agenda. Sin perder más tiempo, tomándole las manos se sinceró –Mira, francamente tengo cosas que contarte que no pueden esperar. Siéntate, por favor, y mira esto.

Le extendió temblorosa la manoseada agenda. Pau la abrió sonriendo, mirándola de reojo y con ganas de hacerle una broma sarcástica. Se contuvo al percibir algo en esos oscuros ojos que le hicieron ir con pies de plomo.

–Montse cariño, no entiendo nada de lo que pone aquí, está todo escrito muy rápido y en letra muy pequeña, parece una receta del médico–. Y dejándose caer en el sofá, estrechándola entre sus brazos, se le escapó inapropiadamente la broma –¡Ya sé! ¡Estás aprendiendo chino o japonés y me quieres dar una sorpresa! *¡Arigato! ¡Samurai! ¡Aloz tles delicias y lollito de plimavela!*

Estallando en una carcajada le besó la cara a Montse, caída justo encima de él, entre los cojines de divertidos estampados. La agenda descansaba por fin en la alfombra, cansada de haber sido tan escrita esa última semana.

Ella se levantó molesta y, recogiendo la agenda del suelo, la cerró de un golpe murmurando secamente:

–Vale, muy gracioso. Vamos a dar una vuelta y te voy contando. Son demasiadas cosas para el día de hoy… Quizá estoy ya algo cansada y este tema requiere mucha paciencia Pau.

De camino hacia el pueblo disfrutaron de las hermosas vistas que se apreciaban desde la urbanización California. Al ser primavera las flores estaban en su máximo esplendor. El olor a lilas, los diferentes colores de las rosas, e incluso el apogeo de sus hormonas de enamorados, hacían que el paseo por Canyelles fuera maravilloso.

Montse llevó expresamente a Pau hacia el castillo, señalando con interés el paisaje que se dibujaba en esa dirección. Caminaba segura por ese tranquilo sendero, recorrido tantas veces con él, con su perra y sus amigas. Y en su mente buscaba, entre caóticos pensamientos, un camino claro y conciso para expresarle, sin rodeos, lo que había acontecido en el castillo.

–Tesoro, ya se que te va a sonar un poco raro, pero –bajó la voz instintivamente para que nadie más lo oyera, sin darse cuenta de que estaban solos, y prosiguió –Esta semana, en el trabajo, he conocido a una niña que vino al castillo, y bueno –insistió clavándole la mirada y las uñas en la mano que le tenía cogida –¡Escucha bien esto!– Me dio unas monedas y dijo –¡que las había encontrado en el castillo!

–¡Ay! Cuidado cielo que me estás clavando las uñas. Bueno mujer, monedas hay a montones caídas por el suelo, en castillos y en cualquier sitio. A ver, cuenta, cuéntame más. ¡Pero si ya hemos llegado a la iglesia! Fíjate, como ha llovido, está todo precioso… Preciosa como tú –susurró meloso, y lamiéndole ligeramente la oreja preguntó –¿Volvemos cariño? Tengo ganas de besarte entera.

Montse amaba tanto a Pau que un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Tosió para aclararse la voz y las ideas, retomando la conversación, y apagando el móvil que sonaba justo en ese momento tan inapropiado.

–Perdona amor, te he arañado sin querer, ha sido un descuido, estaba pensando en lo de la niña y Sí, volvamos, se está levantando aire. ¡Mira cómo se mueven las copas de los árboles! Para mí, que va a llover de nuevo –pronosticó con la mirada fija en las nubes blancas y esponjosas empujadas por el viento. Prefirió dejar el tema de las moneda para después de hacer el amor, que era lo que realmente les apetecía a los dos, y sin más rodeos le sugirió –Vamos a tu casa que no me pierdo esos besitos que me has prometido. ¿Tienes algo para cenar o pasamos por el Spar?

Cuando pasaron por el supermercado ya estaba cerrado, así que decidieron regresar a casa de Montse que tenía la nevera llena puesto que acababa de hacer la compra. Así pudieron celebrar su deseo con mil caricias y una buena pizza que había en el congelador.

–¡Amor te amo! –gimió de placer Montse al sentir la respiración de Pau entre sus muslos.

Ami estaba juguetona. Le lamió la nariz a Pau, saltando sobre la cama y apurando en un pispás el trozo de pizza que quedaba de ayer sobre la mesilla de noche.

–¡Abajo Ami! No seas zampona –masculló Montse intentando abrir los ojos, justo cuando la perra le aplastó la cara tumbándose encima. Empujándola suave pero con firmeza exclamó –¡Baja te digo! Que me estas llenando de migas el colchón.

–Hola amor –susurró Pau, sacudiendo las sábanas. Acariciando a sus dos compañeras de cama preguntó a Montse –¿Sabes que te quiero mucho? Venga amor, que no me he olvidado, cuéntame lo de la niña y las monedas del castillo. ¿Qué más te dijo?

Iluminándosele el rostro empezó a contarle lo ocurrido la última semana, a la par que le tiraba un cachito diminuto de pizza a Ami, para que se bajara de la cama y fuera a por él.

–Pues veras cariñete, esa niña de la que te hablé se llama Mun. El lunes me dio unas monedas explicándome que las había encontrado en el castillo. Y lo más importante es que asegura que la llevo hasta allí una mujer que…

La niña señalaba hacia la nada, hacia el vacío que quizá dejó alguna persona o que quizá no. Todos los lunes organizaban, en el colegio, una excursión guiada a un lugar de interés de la comarca. Hoy tocaba el curioso castillo de Canyelles, y su monitora les había presentado a Montserrat, la encantadora guía turística que los acompañaría durante toda la visita histórica.

La pequeña iba vestida muy bonita, de domingo, impecable para la segunda excursión del mes. Ya habían terminado y Mun estaba deseando llenar de agua, en la fuente de enfrente del ayuntamiento, los coloridos globitos ecológicos que les habían regalado al entrar. Aún así, antes de nada, decidió darle a Montse unas pocas monedas de las que había encontrado, por lo simpática que había sido con ella y con todas sus amiguitas.

–Sí, son muy interesantes estas monedas que me has dado, pero… son un montón… y… no sé si debo aceptarlas –dijo totalmente desorientada y confusa. Frotándose la cara nerviosa, respiró hondo tranquilizándose así lo mejor que pudo, y afirmó –Beno, puedo intentar encontrar su dueño, y ver de donde han salido. Pero dime Mun… ¿Estás segura que las has encontrado aquí? ¿No te lo estarás inventando pillina?

–¡Que no!, Que son de aquí. Mira, hay un montón–. La niña señalaba a todas partes, inquieta y deseosa de ir a jugar con los globos. –Y son mías, pero te las regalo. Hay muchas ¿Las buscamos juntas?

–No, no te preocupes, ya las busco yo, tú regresa con el grupo, que si el autobús se va, te tocará quedarte aquí conmigo a guiar más grupos…

–¡Sí! Eso me encantaría. Me lo paso muy bien siempre que vengo a mi castillo. Y como lo conozco tan bien ¡Seré una guía maravillosa! –La niña alzó las cejas casi hasta tocar el techo, iniciando una rápida carrera hacia la puerta y exclamando –¡Pero antes tengo que llenar los globos de agua! Adiós Montse, muchas gracias, que pases un buen día.

Ami y Pau miraban extrañados a Montse. Ami miraba esperando que se levantara de una vez para darle su rico desayuno canino y luego fueran a dar un buen paseo. Y Pau, esperando escuchar el final de la historia que parecía no llegar nunca. Suspiró decepcionado.

–¿Y? ¿Mun? ¿Pero qué nombre tan raro es ese? ¿De dónde es esa criatura? –Saltó de la cama listo para preparar el desayuno, comentando con una sonrisa encantadora –¡Tengo hambre! ¿Qué te apetece? Venga, sigue contando, que imagino que esto no ha hecho más que empezar y hoy es domingo, así que soy todo oídos. Hoy soy todo tuyo amor. ¿Preparo crepes cariño?

Para ella era lo mismo una cosa que otra, el simple hecho de estar con él era lo que más le alimentaba, por dentro y por fuera. Pau era el mejor amante que había conocido ¡Y con diferencia! ¿Para qué negarlo? Estaba enamorada de ese hombre hasta la médula.

–Cariño lo que quieras, me lo como todo… ya lo sabes… y más si es tuyo. –Riendo picarona le lanzó un mordisquito al aire y siguió contando –Pues, como te decía de las monedas, alucina amor, se trata de unos *Croats*.

Y calló en seco esperando su reacción. Sabía que él no tenia ni idea de lo que era un *croat*, tal y como le había pasado a ella antes de visitar a su buen amigo Josep.

Desde hacía unos diez años conocía a Josep, quien entró en su vida en el momento en que decidió vender las antiguas monedas que heredó de sus abuelos paternos. Las guardaba en un cofrecito de madera con remaches dorados, soñando desde adolescente en el gran valor de cada una de esas misteriosas monedas, hasta que Josep, un buen día, le consiguió un comprador que conformó a la perfección sus expectativas.

Esta semana le había visitado por el tema de las monedas encontradas en el castillo, llevándoselas, bien camufladas, dentro de los globitos que daban de recuerdo a los pequeños, en las visitas al castillo.

Resaltar que Josep acertó a la primera. Ni tan siquiera tuvo que consultar sus inseparables libros de numismática:

–Umm. La cruz patada equilátera carolingia… Umm y la efigie de Pedro III. Sin duda se trata de un Croat barceloní ¡Y traes cientos de ellos! ¿Pero de dónde diablos los has sacado? –preguntó curioso Josep. Subiéndose las gafas de cerca, que estaban altamente graduadas como lupas, para apreciar a la perfección cualquier moneda que cayera en sus manos, prosiguió –¿Y por qué leches las traes metidas en preservativos? Uf, imagino que no estarán usados claro…

–Venga Josep, es lo único que encontré a mano para esconderlas y que no se me extraviaran. Y además no son preservativos, sino globitos para llenar de agua. Disculpa es que no te puedo decir más. Nunca antes había visto a esa niña –Montse se frotó la frente muy confusa, todo esto le parecía una broma de la pequeña, y no sabía muy bien qué hacer con esas monedas, que resultaron ser tan antiguas y valiosas–. A ver, francamente, ella dijo que había muchas más en el castillo. Dime ¿Qué harías tú en mi lugar? ¿Irías a la policía?

–Bueno, ya que me preguntas, quizá intentaría buscar por el castillo a ver si encontraba más. Ten en cuenta que un coleccionista podría pagártelas bastante bien. –Y volviendo a bajarse las gafas remiró una vez más las monedas, entusiasmado, para luego exclamar –¡Yo mismo podría comprártelas!

–¿Estás loco? Llevo años trabajando como guía en el castillo, y allí no hay ninguna moneda, está perfectamente limpio y cuidado. No tengo ni idea de dónde ha sacado Mun esos croats.

Pau, girando la cabeza y elevando la voz, por si con el ruido de la batidora no se le escuchaba bien, se hizo el sorprendido, aunque en ese preciso instante le daba un poco igual, pues estaba concentradísimo en batir más huevos, sin que se le quemaran los deliciosos crepes que ya estaban doraditos en la satén, esparciendo su dulce fragancia a canela y vainilla.

–¿Croas dices? Uik, pues ni idea amor. A ver, dame alguna pista. Y vamos poniendo la mesa que esto va a estar para chuparse los dedos. ¿Cariño vas a querer uno dulce y otro salado como siempre?

Montse perezosa se levantó, empujando las sábanas de color chocolate, sin ninguna gana, y cogiendo dos bandejas de mimbre, le propuso desayunar en la cama. Él aceptó encantado, sacando la última crepe de la sartén. Lo colocó con mucho cuidadito en la cumbre de la esponjosa torre de masa humeante que estaba construyendo ya tan temprano. Estaba muy orgulloso, tal vez por deformación profesional, pues, ni que decir tiene, estudió arquitectura, aunque después prefirió formarse como terapeuta.

–Venga, dime ya que es un *Croak* de esos, que ahora sí que me esta picando la curiosidad. ¡Espera! No me lo digas. –Se detuvo pensativo, a medio camino de meter la cucharilla en el bote de miel y rellenar su crepe tal y como había hecho Montse–. Puede que sean unas monedas croatas, o rusas, o polacas, o de por ahí. Y que sean muy antiguas. ¿He acertado? Dime que sí cariño, y lo más importante ¿Cuál es el premio? ¿Puedo escogerlo yo?

Pau miró sensual a Montse, con deseo, acariciándole lentamente el cuello con la cucharilla, bajándola hasta su pecho. Después lamió la cucharilla con la punta de la lengua con una sonrisa picarona. Montse mordisqueó su crepe. Se relamió de placer por el jugueteo de Pau y por el dulzor de la dorada miel chorreando en su boca.

–Umm, un chico muy listo, quizá sí puedas escoger tú el premio. Efectivamente, son muyantiguas. Se llaman *Croat*, con “t”. No te hagas ilusiones que no has acertado del todo. Te daré otra oportunidad y una pista. –Acariciándose el pelo, pensaba qué pista darle. Tras un buen rato en silencio concluyó –Vale. Decirte que es un *Croat* barceloní, también llamado *Xamberg*.

–¿Es de aquí? ¡Qué me dices! No he oído ese nombre en la vida. Ya lo sé. Es una moneda de esas de intercambio local, tipo la Turuta de Vilanova. ¿Has probado la crepe de queso? Para mí que es el mejor, está riquísimo. Prueba amor. –Pau le ofreció un trocito donde

colgaba un hilillo de queso fundido. Después algo distraído bebió un sorbo del sabroso café, mirando, a través de la ventana del dormitorio, las nubes grises y densas–. Creo que viene lluvia, y no tardará mucho. Podemos pasar el domingo en la cama ¿Cuánto hace que no nos permitimos un día de pijama?

–Ay amor, es que he quedado en un rato con la madre de Mun. Tengo cosas importantes que preguntarle a la niña. No tardaré nada, en una hora estoy de vuelta y seguimos la fiesta pijama ¿Vale? –Masticando apresurada saltó de la cama en dirección a la ducha, pensando en cómo poder preguntarle tantas dudas a la niña sin apabullarla. Ami, en el pasillo, moviendo la cola alegremente, le mordisqueó la zapatilla de andar por casa. Levantando el pie, haciendo equilibrio para no caerse abrió la puerta del baño, gritó –¡Cariño no olvides sacar a Ami por favor! Me parece que ya es su hora de paseo.

–Claro cielo. Solo dime una cosita más sobre los *Xamberg*. ¿Qué valor tenían? ¿Son de plata? ¿De qué época son? ¿Quién los hacía? ¿Dónde? Cariño espera, no te metas aún a la ducha.

Apresurado siguió a Montse por el pasillo esquivando a Ami, que ahora venía a por él, agazapada en el suelo con la cabeza sobre las patas delanteras, el rabo como loco, dispuesta a saltar sobre Pau.

–Espera Ami, ahora te saco, no seas pesada. –Suspiró al ver de nuevo el cuerpo desnudo de Montse, sensual y tan apetecible–. Cariño te amo tanto… Anda, cuéntame algo más de esos *Xamberg* mientras te duchas. Me muero de curiosidad, bueno y de ganas de besarte, eso siempre.

– Me encanta que seas tan adulador cariño. ¿No será una artimaña tuya para que te cuente más cosas? Demasiadas preguntas, pero venga, vale, a cambio me frotas la espalda y te metes conmigo al agua.

Pau se quito el reluciente pantalón del pijama, que era nuevo, y lo único que llevaba puesto. Se lo regaló su hermano para Navidades, pues sabía que ese tono turquesa era su preferido, y siempre que podía lo llevaba puesto por casa.

En seguida ella le mojó el pecho con la ducha, y le besó los hombros, en tanto que le explicaba aceleradamente, más cosas de las que descubrió Josep.

–Pues verás, mi amigo me contó algún detalle más. Te aseguro que ese hombre es un genio para reconocer monedas. Sí, es de plata, y bueno, su valor equivalía a doce dineros de aquél entonces. –Dando un respingo placentero tras el suave mordisco que sintió en la nuca, sonrió cerrando los ojos y continuó diciendo –¡Umm! ¡Qué rico! Pues a ver ¿Qué pensarías si te dijera que emitían las monedas en las ciudades de Barcelona y Perpignan? Bueno, y ocasionalmente en otras como Tortosa.

–¿Y? Claro si es de aquí pues se acuñarían por la zona. Si mal no me equivoco el lugar donde emiten las monedas se llaman '*cecas*.

Montse y Pau estaban ahora de frente, cara a cara, cuerpo a cuerpo, acariciándose lentamente. Se besaban como si el tiempo no pasara, hasta que ella reaccionó.

–Cariño me tengo que ir, recuerda la cita con Mun. Sí, se emitían en las *cecas*. Lo curioso es el nombre de *Croat*, que deriva de la cruz que tiene en el reverso. En Francia '*Croix'* significa cruz, y lo pronunciamos más o menos como *croa*. –Acariciándole el pelo húmedo y la barbilla rasposa concretó –Y con respecto a quién los mandó hacer, fue Pedro III, el rey que aparece en el anverso, allá para el 1285. Mi amor salgamos a vestirnos, que se me hace tarde, y cuando vuelva tendré muchos más detalles que contarte.

Fue y regresó en una hora, tal y como había dicho. Lo único que deseaba era pasar ese domingo con Pau, juntos y tranquilos, ya que las últimas semanas vinieron a repararle el tejado, y era agotador no poder estar solos y tranquilos.

Antes de llegar paró unos minutos en la gasolinera del pueblo, llenó el depósito y aprovechó para respirar profundo el aire fresco de aquella húmeda y primaveral mañana, dejando que las finas gotas de lluvia resbalaran por su cara.

La lluvia había limpiado la atmósfera y los parabrisas de los coches, aunque había dejado unos posos de tierra a cambio. Con un gesto mimoso recorrió las gotas de lluvia que se deslizaban por su piel, y que iban trayéndola a la realidad. La conversación que acababa de tener, no con la madre de la niña, sino con el astuto abuelo, dejaron en su mente más dudas que aclaraciones.

–¡Estoy en casa cariño! –canturreó al atravesar el pasillo–. Cuidado Ami, que me tiras las bolsas. ¿Y mi muñequita que ha hecho? ¿Se ha portado bien?

–¡Hola amor! Sí, de maravilla, como siempre, así que le he regalado una crepe de premiopara ella solita.

Montse estrechó a Pau, deseosa de contarle la conversación con Mun y su abuelo, y sobretodo deseosa de escuchar lo que a él le sugería. Besándole con mucha energía, fusionándose con él, con los ojillos muy brillantes, le propuso sentarse y empezó a narrarle lo sucedido hacía tan sólo un rato, y que, ahora en casa, parecía tan lejano y surrealista.

–¿Raimunda?¿Se refiere a Mun? ¿Es que se llama así la pequeña? –Montse no salía de su asombro. Desconcertada recordó por qué ese nombre le era tan familiar y se le puso la piel de gallina. Sin embargo, prefirió no decir nada al abuelo, al menos por ahora. Necesitaba hacer unas comprobaciones cuanto antes–. Pues sí que es bonito el nombre ¿Y cómo se les ocurrió?

–Claro mujer, Mun, es el diminutivo de Raimunda. Por cierto, disculpe que su madre no haya podido recibirla. Hoy tenía que enviar un paquete urgente a Francia, y eso es importante ¿No cree usted? Pues verá, fue mi esposa quien propuso llamarla así, y como insistía tanto, preferimos no contradecirla, aunque reconozco que el nombre es algo rocambolesco, como de la nobleza o algo así ¿No cree usted? –El abuelo con la mirada esquiva

rio a carcajadas fuertes. Parecía que supiera algo más y que lo ocultara disimulando pésimamente, casi con descaro, luego añadió –Quizá nunca debimos hacerle caso ¡Ella y sus cosas del pasado! Fíjese, a mí me hubiera gustado más el nombre de Flor, es más humilde y sencillo ¿No cree usted? En fin, Raimunda también es un nombre bonito y mi niña más aún ¿A que sí mi tesoro?

–¡Claro! ¡Si a mí me encanta mi nombre abuelito! –gritó Mun tirándole de la manga a Montse, al tiempo que le preguntaba –¿Y a ti te gusta? ¿Verdad que es muy elegante? En el castillo a todos les gustaba mucho.

–¿A todos? ¿A quiénes te refieres? ¿A tus compañeritos del grupo? Recuerda que no había nadie en el castillo cuando viniste salvo vosotros y yo. No vi ninguna mujer… y… bueno… eso quería preguntarte… esa mujer que dices que…

–¡Que va! ¡Pero si estaban todos! Se empeñaron en decirme donde estaban las monedas, aunque yo ya lo sabía… y es que… me echan de menos –suspiró recordando, en un breve instante, algo muy olvidado, muy remoto. Sonriendo de nuevo, rascándose la oreja, afirmó –que sepas que ahora, a mí, me gusta más vivir en este barrio. Hay un parque muy grande en la riera y hasta se ven ardillas.

–No mientas Raimunda, que te conozco y siempre sales con tus cosas raras. Te pareces tanto a tu abuela y sus historias pomposas de castillos ¡A ver si terminamos de una vez con este asunto de las monedas! –Regañó secamente su abuelo acariciándole la cabeza de una manera conciliadora. Giró los ojos indignado en dirección a Montse preguntándole –Pero pase, pase a casa, que no le he ofrecido nada ¿Le apetece un café? ¿Un refresco tal vez? No se preocupe que en cuanto me diga algo más esta señorita traviesa se lo haré saber sin falta. Y dígame ¿Qué va a hacer con esas monedas? Puede que sean de plata ¿No cree usted?

–No muchas gracias, no me apetece tomar nada, acabo de desayunar. Además, me marcho ya, tengo tantas cosas que hacer hoy que ni se imagina. Oye, Raimunda, que sepas que a mí me encanta tu nombre, y que eres una niña muy inteligente. Digamos que eres una niña muy especial. Yo creo que tienes razón con todo lo que cuentas. Cuando vuelvas por tu castillo otra vez, y con tu abuelo, podremos charlar un ratito con más calma. –Y sin saber muy bien por qué, se escuchó diciendo, con sus ojos clavados en los del evasivo abuelo –Me da a mí que este abuelito tuyo sabe muchas cosas interesantes de castillos que nos podrá contar. Ah, por cierto, las monedas si son de plata, son Croats, como imagino que ya sabrá. Los llevo en la guantera del coche y se los daré a la policía para ver si descubren su origen.

–Si, algo he oído hablar acerca de esos Croats… algunos tenemos por casa... Mun los encuentra con facilidad. ¡Qué casualidad! ¿No cree usted?

–Venga abuelito ¡Vamos al castillo y traemos más! Montse, podemos colarnos los tres en el castillo, y sin que nadie nos vea, y nos colamos por una ventana, y…

–Eso, eso, mi pequeña ¡Vamos a buscar más moneditas! –canturreó el abuelo muy divertido y extasiado, sonriendo a Mun y agarrándole la mano.

–Un momento, un momento familia, que yo soy la guía turística y no hace falta colarse ¡Qué yo tengo la llave! –Incrédula les contemplaba, muy conmovida, ante la euforia infantil del abuelo. Le vio tan cómplice con los juegos de la niña como Pau con Ami. ¿Qué estaría haciendo Pau? Intentando disimular una tierna sonrisa les

comunicó todo lo seriamente que pudo –disculpad, pero tengo que irme. Tengo una cita muy importante. Adiós linda familia, hasta pronto… algo me dice que no tardaremos mucho en vernos de nuevo. ¿No cree usted?

–Vaya cielo, otra vez se nos chafa una aventura –contestó muy decepcionado dirigiéndose a su nieta. A este abuelo tan dicharachero le apasionaba la geografía, quizá por eso de joven decidió ser marinero. Le apasionaba también la historia, y disfrutaba muchísimo de cada lugar por donde pasaba. Así aprovechaba para indagar con profundidad en todos los libros que le dieran algo de información sobre los hechos históricos que habían acontecido en esa zona.

Ella se marchó sosegadamente, para dejar que todas sus ideas se aposentaran, que su mente se apaciguara con tantos pensamientos acelerados y de apariencia inconexa.

El abuelo de Mun se alejó en dirección al salón, algo molesto. No le gustaba que esta chica metiera sus narices en asuntos familiares, y mucho menos que su nieta le contara a ella sus secretos de amigos invisibles, de castillos y de nombres pomposos. ¿Qué habría querido decir con eso de "Algo me dice que no tardaremos mucho en vernos de nuevo"?

La lluvia había parado y ya no tenían excusa para seguir en la casa y mucho menos para continuar en la cama, salvo que era domingo, un domingo especial de fiesta pijama, y sobretodo que estaban muy enamorados. Aun así, tras contarle toda la historia, Montse propuso ir a dar una vuelta al Puig de l'Àliga y llevar después las monedas a la policía.

En cuanto escucho la frase "A la calle" Ami se puso como loca persiguiéndose el rabo y trotando de arriba abajo ladrando sin parar. Sin duda sabía que iban a pasarlo muy bien.

–¡Granujilla suelta la pelota que así no te la puedo lanzar! –Ami, con la boca llena de pelota, ansiedad y babas, gruñía a Pau, quien trataba de quitársela forcejeando divertido, pero sin poder evitar, darle vueltas a las palabras recientes de Montse–. O sea que Raimunda sabe donde hay monedas en el castillo, porque dice que había estado allí antes. Un poco raro si que suena. Bueno, ya sabes que los peques tienen una imaginación tan desarrollada que no diferencian mucho si lo que cuentan es verdad o no. ¿Qué opinas tú? Te veo preocupada. Solo es una niña, quizá no deberías darle tanta importancia. ¿O hay algo más que no me has contado?

– Bueno, Pau, amor, es que Raimunda si que ha ido más veces a su castillo. Me explico. Si nos situamos en 1769, Carlos III da un Real Decreto donde confirma la antigua baronía a favor de…

–¿Raimunda? –preguntó algo inquieto, deseando saber todo lo posible acerca de esta incómoda historia, y a la vez deseando que terminara de una maldita vez para poder volver a su vida tranquila y apacible, donde Montse se centraba más en él y menos en esas dichosas monedas de plata que aún ni siquiera había podido ver en persona.

–Efectivamente. Se trataba de Raimunda de Minguella Terre i Boatella.

–¿Quieres decir que…?

–Quiero decir que todo esto es muy raro y no le encuentro explicación.

–Bueno, se trata de una coincidencia sin más.

–No Pau, se trata de algo más ¡Se trata de un hecho histórico! ¿Sabes la importancia que tuvo este castillo en esa época? Ni te lo imaginas. Fue una fortificación creada como protección auxiliar de ese otro castillo –explicó señalando a lo lejos, entre las montañas, hacia una pequeña edificación construida en piedra que sobresalía altiva entre la arboleda–. Esa fortificación que conocemos tan bien tú y yo, donde nos gustaba perdernos los primeros días que nos conocimos.

–¿Te refieres al castillo de Olérdola? –murmuró bastante atento e interesado. Había visto tantas veces esa edificación y jamás pensó que tuviera la más mínima relación con el castillo de Canyelles. –¿Para qué? ¿Protegerlo de qué?

–Más bien diría de quién. Bueno cariño, digamos que era una torre defensiva que protegía la ruta entre el mar, por Vilanova i la Geltrú, y el interior, por Villafranca del Penedès. Era ahí donde se cobraba el derecho de paso por debajo de la riera en tiempos de paz.

–Sí, sabía que éste había sido un lugar estratégico entre el mundo Carolingio del norte y el Islámico del sur. Si mal no recuerdo era independiente de ambos, hasta que cayó en manos de los almorávides…

–¡Correcto! Hacia el 1107, y dejaron despoblada toda la provincia, invadiendo el castillo de Olérdola, que ya no se usaría más. De ahí la importancia del castillo de Canyelles.

–Sospecho que cobrarían el derecho de paso utilizando los croats como una de las monedas de intercambio ¿Me equivoco?

–¡Exacto! Por cierto, tendríamos que regresar al coche para que nos de tiempo a llevar las monedas a la policía antes de que se haga más tarde. Mañana es lunes y quiero dejar preparadas varias cosas para toda la semana –propuso ella, metiéndose una ramita de hinojo en la boca, saboreando ese toque anisado y dulzón que desprendía.

–Claro, vamos. Sabes, en esta historia me parece ver muy claras las herencias transgeneracionales. Yo tampoco creo que sea casualidad que Raimunda intuya donde hay monedas, ni que le suene conocido este castillo.

Mirando hacia el mar de Vilanova, muy lejano, montaña abajo, entre la bruma del mar, las ideas de Pau empezaron a entrelazarse, influenciadas por la formación que él había adquirido en los últimos diez años. Se había especializado en terapia Transgeneracional. Cuando alguien le preguntaba con escepticismo qué era eso, él explicaba brevemente que se basaba en la relación que había entre lo que nos pasa en nuestra generación y lo que les pasó a los miembros de nuestra familia en generaciones anteriores. O sea que hay unos hilos invisibles entre todas las generaciones de cada linaje, repitiéndose vivencias, situaciones, fobias y personalidades. No son casualidades. Nada es casualidad, son más bien aprendizajes.

Absorto en sus pensamientos, escuchó muy lejana la voz de Montse que le trajo de nuevo al bosque en el que se encontraban.

– Pues sí, aquí hay algo que claramente no se puede comprender con la mente racional ¡Qué bueno que nos entendamos así de bien cariño! ¿Quieres una ramita de hinojo? Está riquísimo. Y con este día tan bonito de lluvia y sol, aquí en la montaña, con Ami, y tan a gustito contigo, que solo falta un arcoíris ¿Qué más puedo pedir? Bueno ¡Que me toque la lotería por favor! –musitó mirando al cielo sonriendo. Volvió curiosa la mirada hacia él, ofreciéndole la tierna ramita de hinojo, y, lanzándole después un beso en el aire, continuó –Aunque no me toque la lotería, cuando me tocas tú me considero la mujer más feliz y afortunada del mundo.

Bajaron sin prisa, disfrutando del paisaje y de las carreras de Ami detrás de las urracas. Subieron al coche y al llegar a la riera aparcaron fácilmente, justo en frente de la policía. Era lo que más adoraban de los pequeños pueblitos, que nunca había problemas para aparcar, ni demasiadas colas que esperar.

–¿Dónde están las monedas? ¡Si estaban en la guantera! –exclamó temblorosa Montse.

–¿Cómo? ¿Qué no están? Déjame mirar por si acaso cariño. Pues, no, no están, que raro. ¿Y cómo las han cogido?

Mudos de asombro permanecieron un rato en el interior del coche sin mirarse, hasta que ambos salieron y bordearon el vehículo en silencio, buscando algo sin saber bien qué.

–¡Fíjate que hábiles! –exclamó Pau tocando una pequeña marca de forcejeo en la cerradura de la puerta del conductor –A penas se aprecia, no te has podido dar ni cuenta al abrir con el mando a distancia ¡Fijémonos si falta algo más!

Pau entró apresuradamente en el vehículo. Montse seguía inmóvil afuera, muy pensativa, parecía una estatua de hielo. De su boca salió un comentario ronco.

–No te molestes cielo, querían las monedas y ya las tienen. ¿Pero quién? Ven, de verdad, déjalo, estoy segurísima de que no falta nada más ¡Voy a poner una denuncia! Aunque la única prueba que tengo es una niña de seis años que dice haber vivido en un castillo y ver personas de otra época…

–¿Y qué hay de tu amigo Josep? Él es numismático y sabe de sobra de lo que habla.

–¡Y tanto! Sólo que seguimos sin pruebas, porque no tomamos ninguna foto de las monedas ¡Qué fallo! Creo que será mejor volver a casa, primero tengo que poner en orden mis ideas, luego aprovecharé para llamar a Josep.

Una vez en casa cayó en la cuenta de que la única persona que sabía que las monedas estaban en la guantera era el abuelo de Mun ¿Sería otra casualidad? Y es que no sabe el diablo por diablo sino por viejo ¿No cree usted?

Probó a llamar a la madre de la niña y no obtuvo respuesta. Durante una semana intentó contactarles en un sinfín de ocasiones, llama que te llama, sin respuesta ninguna.

Cuando por fin decidió llamar al colegio y hablar directamente con la pequeña, le afirmaron que la niña no fue nunca más a clase, porque la familia se mudó a Francia. Montse decidió que era mejor dejar pasar esa historia y no darle más vueltas. Su vida con Pau era alegre y tranquila ¿Para qué complicarse?

Varios años más tarde, en la hermosa ciudad de *Perpignan*, una lluviosa tarde de primavera, un niño de unos seis años le preguntaba a su madre.

–¿Mama, es verdad que encontraste unas monedas de plata muy valiosas cuando eraspequeña y tenías mi edad?

– Bueno, eso creo. O al menos, eso es lo que cuenta la abuela a todo el mundo –exhaló con un bostezo. Se desperezó arqueando la espalda y se echó a reír con aire despreocupado. Luego le preguntó –¿A que te lo ha contado ella? ¡Qué cosas tiene tu abuela! Yo la verdad no lo recuerdo. –Y poniéndose más seria, sufriendo por algún recuerdo del pasado continúo aclarándole a su hijo –Mi amor, solo recuerdo que por aquel entonces nos mudamos aquí, a Perpignan. A mi abuelo, o sea tu bisabuelo, se le metió en la cabeza que quizá teníamos parientes franceses, descendientes de los Bouffard. Evidentemente nunca los encontramos. ¡No sé de dónde sacó esa idea descabellada! Con lo bien que estábamos en Canyelles…

–¿Canyelles? ¿Vivías allí? Qué nombre más chuli.

–Sí, según contaba mi abuelo, que era un gran amante de la historia, se llamaba así porque hace mucho, mucho tiempo, perteneció a los barones de Canyelles. Es más, te diré, que quizá su origen derivara de "canyas", o sea "cañas", o quizá derivara de "canela¨ ¿Quién sabe?

–¡Ah, por eso nuestra gatita naranja se llama Canela!

Justo en ese momento Canela se enroscó melosa entre las piernas del pequeño, ronroneando y maullando a la vez, hasta que de un salto inesperado atrapó ágilmente una lagartija y salió corriendo.

–Sí, y porqué es suave y naranjita como la canela. Bueno, te confieso que al principio fue un poco triste porque perdí a todas mis amiguitas, aunque fíjate que, gracias a esa mudanza, conocí a tu padre y has nacido tú, mi vida, que eres la mayor de mis bendiciones.

- Claro que lo soy mamá, y te quiero mucho –masculló el pequeño, escondiendo la carita en el regazo de su madre. Luego chilló muy contento –¡Mira! Te traigo fresitas que he cogido un montón ¡Sorpresa!

–¡Qué bien cariño! Ya sabes que me encantan ¿Dónde las has encontrado Pedrito?

–En el bosque de la antigua cesca. Mis amigos me llevaron allí.

–¿Ya empezamos con los amigos invisibles? Bueno, es cosa de la edad. Yo creo que también tenía esos amiguitos a tu edad.

- Sí, son muy simpáticos. Me dijeron que había muchas fresas en la cesca, donde fabricábamos las monedas. Y bueno, además, he encontrado esto, como hacías tú.

El niño abrió la mano y aparecieron entre sus deditos rojizos, por el jugo de las fresas, un buen puñado de croats brillantes con la efigie de Pedro III en el anverso.

Ajuntament de Canyelles